

# INAUGURACIÓN DEL PLAN NACIONAL DE PROMOCIÓN DEL LIBRO Y LA LECTURA “JOSÉ DE LA CUADRA”

Ibarra, septiembre 12, 2017



Estimados amigos de la mesa directiva, queridas autoridades acá presentes, queridas amigas, amigos todos, principalmente queridas y queridos niñas y niños:

Todavía, seguramente por los pasillos del corazón de cada uno de nosotros está aquel niño al que por primera vez le leyeron un cuento. Un cuento que traía gráficos, porque para ese momento nos era más fácil entenderlo, conceptualizarlo mejor si veíamos gráficos.

Ese cuento luego se transformó en las revistas, en los tebeos, en los cómics, en los álbumes que llevábamos con verdadera pasión y en los cuales tuvimos la oportunidad de aprender bastante.

Y que luego, de a poco se fueron transformando en los libros sencillos y en todos esos libros que hemos consumido ardorosa, cariñosamente, durante toda la vida.

La verdad es que si algo debe uno agradecer a la vida, entre otras cosas emocionales, sentimentales, es la pasión por leer.

Recuerdo yo el primer encuentro con Jacinto Collahuazo, por ejemplo, con su poema “Elegía a la muerte de Atahualpa”. Qué mejor forma de entender el sentimiento de aquellos hermosos hijos del sol al saber que su Inca estaba muerto.

Y luego el encuentro con Juan Bautista Aguirre, con (José Joaquín de) Olmedo, con Juan Montalvo, con el maravilloso Luis A. Martínez.

Con los modernistas, esos poetas de la (llamada) “generación decapitada”: Ernesto Noboa y Caamaño, Arturo Borja, Humberto Fierro. ¿Estoy bien, Raúl? (Pérez Torres, ministro de Cultura). Me corriges nomás cuando me equivoque...

Y, claro, luego todos aquellos que nos enseñaron el realismo social, como Alfredo Pareja Diezcanseco, Joaquín Gallegos Lara, José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta.

De José de la Cuadra todavía recuerdo los dos únicos libros que leí de él. Hay que leer un poco más a los autores clásicos ecuatorianos, como José de la Cuadra: “La Tigra” y “Los Sangurimas”.

Los Sangurimas, entre los cuales el jerarca de la familia de forma lapidaria decía sentencias maravillosas como, al referirse a su hijo que lo único que hacía era tomar, jugar baraja y conseguir mujeres: “lo único que le interesa es la baraja, la verija y la botija”.

Maravilloso José de la Cuadra, qué bien que se haya puesto su nombre acá (en el Plan Nacional del Libro y la Lectura). Cuando conversé con Gabriel García Márquez en Cartagena, hace unos ocho años, mencionó a José de la Cuadra.

Conversamos largo acerca de su realismo mágico. Yo le manifestaba que el realismo mágico es esto: el hecho de que después de haber leído bastante durante toda la vida se cumplió aquello que decía Fándar (Falconí, ministro de Educación), “medio libro al año”.

Desde que inicié el gobierno todavía no acabo de leer un libro; medio libro al año creo que es lo que un mandatario alcanza (a leer), porque de lo único que se tiene tiempo es de leer los discursos. Y nada más.

Ahora entiendo por qué el fracaso de los presidentes de la república. ¡Y mientras más tiempo estás menos lees, qué terrible en lo que puede convertirse eso!

He escrito diez libros y la experiencia más decidora que he tenido con respecto a mis libros es el día que le fui a regalar uno a mi buen amigo Jorgenrique Adoum:

Lo recibió muy amablemente, leyó un par de párrafos y al final me dijo: “Lenín, ¿puedes autografiarme el libro?”.

Créanme que me sentí el hombre más dichoso del mundo, ¡Jorgenrique Adoum me pedía que le autografíe un libro!

Yo dije ¡encantado Jorgenrique! Le autografíe el libro procurando que salgan las palabras más hermosas, seguramente Rosángela todavía tendrá el libro.

Y cuando quería que me diga algo acerca del libro, tratando de obtener un comentario, le dije: Jorgenrique, ¿cómo así me pediste que te autografíe el libro?

Me dijo: Para que no crean que es comprado. (risas)

La palabra... la palabra. ¡Qué maravillosa expresión de las emociones, de los sentimientos, de las pasiones que el ser humano alberga dentro de su corazón!

Cuando Iván Petróvich Pávlov hacía sus experimentos, allá en las torres del silencio, denominó a la palabra como el *segundo sistema de señales*, para diferenciarlo del *primer sistema de señales*, cuando él hacía sus estudios acerca de cómo los reflejos incondicionados se transforman en reflejos condicionados y los reflejos condicionados en hábitos y costumbres.

Y entre esos hábitos y costumbres, precisamente: la palabra, segundo sistema de señales. No podemos pensar sin la palabra. La única forma de pensar y conceptualizar el mundo que tenemos desde que aprendemos a hablar, es la palabra.

Nuestros recuerdos siempre tienen que ver con la palabra. Por eso el hombre, al igual que con las cosas materiales, debe ser extraordinariamente generoso con la palabra.

Y el momento en que decimos “generoso con la palabra”, nos referimos al hecho de entregar todo aquel conocimiento, todo aquel saber, toda aquella experiencia que podemos transformarla, inclusive si es negativa, en positiva (para

entregarla) a los otros seres humanos, para que la aprovechen, para que sean parte de ella.

Qué lindo era embeberse en los clásicos: leer a Dumas, a Víctor Hugo, me encantaba leer a Homero, *La Ilíada*, *La Odisea*.

Al igual que ciertas películas, me gusta repetirme (releer) los libros. ¿Por qué? Porque me da la impresión de que voy a encontrar algo distinto, algo diferente, de que a lo mejor por magia se va a agregar esa última página en la cual el héroe, Héctor, no muere, por ejemplo.

No sé por qué todavía sueño con que Héctor, el maravilloso héroe troyano, no moría; le tenía una extraordinaria admiración no solamente por su valentía, la que Homero contaba acerca de su historia, sino por sus cualidades como futuro gobernante y como ser humano.

Y leíamos a Tolstoi y *La guerra y la paz*, que era un encanto. Allí pasábamos –en ese tiempo que no había televisión, que la radio no nos interesaba gran cosa–, la única forma de distraernos era embebernos en una noche de lectura.

Y no eran libros como los que ahora hace el Raúl, el Fándor, de 140, 150 páginas. Eran libros más “tucos”, eran de 800 ó mil páginas. Por ejemplo *La guerra y la paz*.

Y claro, había que leer todas las noches. Y había que dejar para mañana –más o menos como en esas telenovelas colombianas– el desenlace de esa partecita que leíamos. Así nos quedábamos 200, 300 noches con Tolstoi.

Sí, esa es la palabra. Y la palabra, para poder transmitirla sin la comunicación verbal, el único y mejor mecanismo sin duda es el género epistolar o el libro, el libro que nos enseña y nos dice tanto.

Hace unos diez años adquirí especial interés por los libros de humor y trataba de encontrar –inclusive en los que no había humor– algo de humor. Allí me encontré con una frase tuya, Edgar Allan (García, escritor ecuatoriano), con respecto al humor. Decías: “el humor es el golpe de estado a la dictadura de la normalidad”.

¡Qué lindo! La frase entera no me acuerdo, pero terminaba diciendo que desnuda a aquellos que tratan de aparentar lo que no son. En otras palabras, como aquel niño –decías tú– que grita ¡mamá, el rey está desnudo!

Por ese tiempo tuve la oportunidad de conocer a Fontanarrosa (humorista gráfico argentino, ya fallecido), quien me regaló un par de libros. El gran Fontanarrosa, el inmenso Fontanarrosa, en uno de sus libros hace decir a su Inodoro Pereyra, un gaucho

ignorante pero con mucha 'sapiencia de pampa', cuando se acerca a un gringuito que estaba cavando:

Oiga usted, ¿qué está desenterrando?

–*Un iguanodonte.*

¿Y cuánto tiempo lleva ahí enterrado?

–*Más o menos unos cuatro millones de años.*

Señor no quiero desanimarle, pero creo que ya ha de estar muerto. (risas)

Fontanarrosa, en el último Festival de la Palabra en Buenos Aires, decía que no existen las malas palabras: *¿Qué es una mala palabra? ¿Una palabra grandota que les pega a las chiquitas?*

Amigos, no existe forma más preciosa de divertirse que leer un libro.

Vargas Llosa decía que el ser humano es el único ser en el mundo que es capaz de vivir muchas vidas en una sola existencia. Qué fácil es meterse en los protagonistas del libro, qué fácil es vivir esa vida, qué fácil es inventarle muchas otras existencias.

(Todo) Eso, solamente lo permite el libro. Por eso este llamado ¡a leer, a leer y a leer!



Hoy recordaba la frase de Lenin, que decía “Aprender, aprender, para mejor comprender y actuar”. Y si la lectura se convierte en un mecanismo que se complementa con la sistematización, créanlo ustedes que van a tener una experiencia maravillosa de aprovechamiento de esa lectura.

Porque sin duda alguna, como decía Borges, “cultura es lo que queda después de que te has olvidado (de) todo lo que has leído”.

El ser humano es el único que puede hablar conceptualizando adecuadamente. No hablamos de un mono, de un loro, sino del ser humano que recuerda con palabras, siente con palabras, tiene emociones con palabras, tiene pasiones con palabras.

A lo mejor eso nos diferencia fundamentalmente de aquel lobo que hace un millón de años era exactamente igual a como es hoy.

El ser humano tiene la capacidad de prolongar las satisfacciones, así como algún momento descubrió que cocinando las cosas sentía satisfacción el momento de la ingesta de los alimentos...

El momento en que descubrió que era mejor hacerse un jugo o tomarse un vino, que lanzarse a un charco de agua para beber de él.

Asimismo descubrió que algún momento era mejor utilizar la palabra de la mejor manera posible: mediante la tertulia, el diálogo, el intercambio de opiniones; mediante el entregar sin egoísmos aquello que uno conoce, y receptor también sin egoísmos ni vanidades aquello que conoce el otro.

Sí, usar la palabra, mientras que el lobo lo único que sabe es aullar.

Raúl Pérez el otro día me entregó un poema. Voy a tratar de recordarlo porque puede ser sintomático de lo que nos ha pasado durante los últimos tiempos, donde se nos entregó en exceso cemento, ¡en exceso cemento! Tengan cuidado con aquello.

Decía Raúl (más o menos, Raúl, no me vas a exigir que sea exacto).

*Se nos llenó de cemento y nos convertimos en seres carentes de principios y valores; no se nos enseñó a pescar, se nos llenó de cemento, y así, carentes de principios y valores estamos deambulando –el pueblo, esa clase baja que se volvió clase media–, deambulando en el egoísmo, deambulando en el consumismo y es muy probable que algún momento se regrese hacia ti, como los cuervos, a sacarte los ojos.*

Por eso no hay como descuidar la cultura. Frei Betto decía que no se puede entregar cemento sin también concienciar, sin educar políticamente, sin entregar un libro para que la gente lea, para que se informe. Porque, caso contrario, luego se vuelven contra ti, como los cuervos, a sacarte los ojos.

Yo te agradezco Raúl y a todos aquellos que son parte de este programa maravilloso que es la Campaña de Promoción del Libro y la Lectura, porque es una oportunidad nueva de volver a remozar.

A darles (libros), con nuevos nombres, con nuevas ideas, con nuevas esperanzas; con nuestros valores, con nuevas ilusiones, con nuevos sueños, a estos niños, a estos jóvenes y a estos adultos, que tan necesitados están de lectura y que tan poco necesitados deberían estar de consumo y de cemento.

Muchísimas gracias.

Un abrazo a todos.

**LENÍN MORENO GARCÉS**

**Presidente Constitucional de la República del Ecuador**